

SAN ISIDORO, ARZOBISPO DE SEVILLA Y DOCTOR DE LA IGLESIA

Día 4 de abril

P. Juan Croisset, S.J.

Las ciudades de Sevilla y Cartagena han estado y están en una justa disputa sobre cuál de las dos ha de hacer suya la gloria de haber sido patria del glorioso San Isidoro. A la verdad, las excelentes prendas de este santo prelado, sus grandes virtudes, su Sabiduría portentosa y el grande nombre que en todos tiempos ha tenido, le han hecho objeto de los deseos piadosos y de las ansias nobles con que cada ciudad le ha pretendido para su honra; pero lo cierto es que no se sabe hasta ahora en cuál de las dos ciudades nació: se sabe, sí, que, desterrados sus padres de Cartagena, habitaron en Sevilla; la cual ciudad, aunque no tuviese la gloria de haber dado á San Isidoro la existencia, la tuvo, á lo menos, de su educación, de sus estudios, de sus virtudes episcopales, de haberle tenido por prelado cerca de cuarenta años, y, últimamente, de haber sido honrada con su muerte y enriquecida con su sepulcro. Este grande varón, el menor de sus hermanos San Leandro, San Fulgencio y Santa Florentina, tuvo los mismos padres que ellos. Su padre se llamó Severiano; ignórase el de su madre, sabiéndose que el de Turtura, qué algunos le aplican, es el nombre de la abadesa que gobernaba el monasterio en que se educaba Santa Florentina. Eran descendientes de romanos, gente noble é ilustre, y que á estas prendas apreciables juntaban una piedad sólida. Víose esto en el cruel destierro que padecieron cuando Leovigildo, protector de los arríanos, comenzó á perseguir á los católicos. Los padres de Isidoro se vieron

precisados á dejar su patria, su casa y sus amigos, sin otro delito que seguir con tesón la verdad del Evangelio. Entre estos trabajos nació San Isidoro, cuyas ideas se radicaron tan fuertemente en la imaginación de su madre, que acostumbraba á decir que apenas había conocido á Dios hasta que le había hecho participante de su Cruz. Pero estos conocimientos tan saludables que hubiera podido con el tiempo inspirar en el corazón de Isidoro, faltaron con la muerte de sus padres, quienes, oprimidos del peso de la persecución, de las incomodidades de un destierro y de los trabajos producidos por la injusticia, perdieron la vida temporal para recibir las eternas recompensas.

Quedó Isidoro al cuidado de Leandro y Florentina, pues San Fulgencio era tan joven, que necesitaba más de quien le dirigiese á él que de encargarse de la tutela y dirección de un niño. San Leandro y Santa Florentina estaban ya en edad proporcionada para darle educación, y la confianza que de éstos tenían sus padres les hizo morir consolados. En efecto, Santa Florentina cuidó con la ternura de madre de la crianza de San Isidoro, y Leandro hacía á un tiempo los oficios de padre, de tutor y de maestro. Estimulaba su atención el contemplar ya en Isidoro un varón sumamente recomendable y provechoso para la Iglesia, según daban á entender los prodigiosos anuncios que se habían visto en su infancia. Uno de éstos fue que, habiéndole dejado el ama que le criaba en el jardín, para acudir á alguna ocupación ó precepto de sus amos, se advirtió que una multitud de abejas entraban y salían en la boca del niño, formando en ella un dulcísimo panal. El padre de Isidoro, que fue el primero en advertirlo, llamó á los demás hijos suyos, y á todos sus criados, para que viesen y admirasen un caso tan prodigioso. Al observarle con atención, creció notablemente la maravilla de todos viendo que las abejas que salían de la boca de Isidoro se

remontaban tan altas, que parecía introducirse en el cielo. Por todo esto percibieron que San Isidoro había de ser muy sabio, y que en sus escritos había de competir una sublime doctrina con una celestial dulzura.

Con esta persuasión, tomó San Leandro con tanto esmero la educación y la enseñanza de su hermano Isidoro, que procuraba su instrucción sin perdonar diligencia ni trabajo. No correspondía á éste el suceso, porque Isidoro se manifestó en sus primeros años tan sumamente rudo, que obligó á su hermano á suplir con el castigo lo que juzgaba falta de aplicación, ó tal vez desatención á sus lecciones. Isidoro llegó á acobardarse de manera, que juzgó imposible vencer su rudeza con ninguna fatiga. Y como veía el tesón de su hermano en hacerle estudiar y su severidad en vencer con la férula los obstáculos de su tardo talento, determinó abandonar su casa, no pudiendo sufrir ni la rudeza de su ingenio, ni las agrias correcciones de su hermano. Habíase salido, no solamente de la casa de sus hermanos, sino de la ciudad de Sevilla, sin más rumbo que el que le preparase el destino. Cansado del camino, se sentó á reposar junto á un pozo que había no muy lejos de Sevilla. Mientras descansaba de la fatiga que padecía, advirtió en unas piedras que estaban junto al pozo ciertos agujeros, y en unos maderos que formaban el brocal unas canales muy hondas, de que no podía adivinar cuál fuese la causa. Vino casualmente á la sazón una mujer á tomar agua; y habiéndola preguntado de qué podían provenir aquellos agujeros y canales, ella le respondió que la continua caída de agua tanto tiempo sobre aquellas piedras había formado los agujeros, y las canales que veía en los maderos eran causadas por el continuo roce de las sogas con que sacaban agua del pozo. Quedó Isidoro suspenso con la respuesta, y, reflexionando sobre ella, hizo para sí este discurso: Si el agua y la soga, sin embargo de ser unas materias tan blandas, hacen tanta impresión en la

dureza del leño y de la piedra con la continuación, luego no hay cosa que se resista á la firmeza y constancia de nuestras resoluciones. Este discurso fue una antorcha con que ilustró Dios su entendimiento; y así, se volvió á su casa con la firme resolución de hacer cuanto le mandase su hermano. Este, como instruido en todas las ciencias sagradas y profanas, quiso que su hermano las aprendiese todas según su capacidad. Como se aplicaba al trabajo con otro gusto y aplicación que la que solía antes de haber recibido las mudas instrucciones de la piedra y el madero, comenzó á hacer tan notables progresos, que tanta era ahora la facilidad, cuanta habían sido primero la dificultad y la rudeza. Dedicóse á un profundo conocimiento de la lengua latina, averiguando todas sus propiedades, sus raíces y derivaciones. Las lenguas santas no le merecieron menos atención, considerándolas como una llave para entrar en el secreto de la divina sabiduría. Pero en lo que más se aventajó, según atestiguan San Braulio y San Ildefonso, fue en una elocuencia tan vencedora y una gracia en el decir, tan llena de atractivos y dulzura, que sabios é ignorantes estaban igualmente gustosos pendientes de sus palabras.

Comoquiera que sea, San Isidoro llegó á tener tanta fama y concepto por sus virtudes y sabiduría, que, habiendo sido Dios servido de llevarse para Sí al santo arzobispo San Leandro por los años del Señor de 599, fue elegido para sucederle en aquella grande prelacia, por unánime consentimiento del clero y del pueblo. Todos conocían que nadie era capaz de llenar el hueco que había dejado San Leandro, prelado tan respetable por todas sus circunstancias, sino su hermano San Isidoro, en quien advertían una santa inocencia de costumbres, junta con una sabiduría celestial. Colocado en la cima de tan sublime dignidad, comenzó á esparcir resplandores á manera de un sol luciente, que alumbra y vivifica á todos

con la brillantez de sus luces. Estas se difundieron con tanta copia y rapidez, no solamente en su diócesis, sino por toda España, que de toda ella concurrían á recibir su instrucción y á participar de su admirable sabiduría. Competían con ésta su prudencia, su castidad, su constancia, su justicia y su modestia. Todas las virtudes de un obispo, todas las cualidades de un padre y todas las prendas de un maestro se hallaban como en su centro en San Isidoro. No había ejercicio de caridad ni obra piadosa en que no tuviese parte. En todo lugar, á toda hora traía su corazón empleado en aquella santa devoción, cuya regla primera y única, según San Pablo, es la caridad; pero principalmente sentía un indecible consuelo en la consideración de la Pasión de Jesucristo.

Entre los objetos que más arrebataron su pastoral atención, fue uno el cuidado de la educación de los jóvenes que se habían de consagrar al ministerio del altar. Cuidaba con sumo esmero de que se empleasen, no solamente en el estudio, sino en ejercicios devotos y cristianos. Como conocía que no todo espíritu es propio para todo ministerio ó estado, deseaba que en el recogimiento, en la aplicación y en el retiro diesen los jóvenes una anticipada muestra de las costumbres con que honrarían después la dignidad del sacerdocio. Para examinar un punto tan importante con toda la delicadeza que le sugería su celo, y al mismo tiempo para impedir que los jóvenes anduviesen vagando por la ciudad, con grave perjuicio de sus costumbres, cuidó de edificar fuera de Sevilla un magnífico y hermoso colegio. En él vivían encerrados todos los estudiantes, que de la mayor parte de España venían á aprovecharse de la doctrina de San Isidoro; y á ninguno se le daba licencia para salir antes de que hubiese cumplido el cuarto año de colegiatura. En este Seminario de ciencias y de virtud se instruían varones consumados en uno y en otro, capaces de resistir á la miseria de los tiempos y á las astucias de la herejía.

En aquel Colegio aprendió las ciencias San Ildefonso, arzobispo de Toledo, y en el mismo Colegio se educó y formó San Braulio, obispo de Zaragoza, uno y otro de los más santos y sabios obispos que ha tenido España, y aun toda la universal Iglesia. Los conventos de vírgenes los miraba como jardines amenos, en que el Esposo celestial tiene todas sus delicias. Velaba sobre su recogimiento, promovía su observancia, cuidaba de su manutención y de sus intereses; y aunque su castidad angélica procuraba evitar la comunicación con toda mujer, con todo eso, á las religiosas que sobresalían en virtud y se adelantaban á las demás en el cumplimiento de sus obligaciones, no solamente las veneraba, sino que las fomentaba con cuantiosas limosnas. A tan sublimes virtudes era natural seguirse unas obras grandes y ruidosas. Lo fue sin duda alguna la adhesión al decreto del rey Gundemaro sobre que la Santa Iglesia de Toledo fuese reconocida por metrópoli en toda la provincia cartaginense. En el año de 610 vino San Isidoro á Toledo, trayendo en su compañía á su hermano San Fulgencio y á otros varios obispos; y habiendo recibido á Gundemaro, que acababa de ser electo Rey, fue San Isidoro el primero que firmó el decreto famoso. Entre tanto, para reformar los abusos que se habían introducido en la disciplina eclesiástica, y asimismo para afirmar el dogma, dispuso un Concilio provincial, que se tuvo en Sevilla el año 619.

Comoquiera que sea, San Isidoro llegó á un estado de gloria y de fama en toda la Iglesia, que su nombre bastaba para dar autoridad á cualquiera asamblea. Los multiplicados escritos que hablan salido de su fecunda pluma, y la fama alcanzada en los Concilios que presidió, habían extendido su opinión por toda la Tierra. En ellos veían un hombre consumado en las ciencias sagradas y profanas, sin que á su vasta comprensión se negasen las flores de las letras humanas y los adornos de la

erudición. Conoció el mismo Santo que se llegaba ya el fin de sus días y el término dichoso de sus gloriosas tareas. Dispúsose para él doblando sus ejercicios piadosos, y principalmente las cuantiosas limosnas que mandó repartir á los pobres. En esto fue tal su esmero, que en el espacio de más de seis meses, anteriores á su dichoso tránsito, comenzaba este caritativo ejercicio al salir el Sol y no le interrumpía hasta la noche, sino el tiempo necesario para reparar sus fuerzas con un moderado alimento. Viendo que le iban faltando las fuerzas, y que se acercaba por momentos la última hora, á causa de que una calentura continua iba poco á poco acabando su vida, mandó llamar á dos obispos sufragáneos suyos, para hacer en su presencia la ceremonia de la penitencia, según la costumbre de aquel tiempo. Llegados que fueron Juan y Epacio, mandó que le llevasen desde su celda á la basílica de San Vicente mártir. Esta traslación fue solemnizada de un piadoso y numerable concurso que concurrió de todas partes á ver á su prelado y recibir sus últimas amonestaciones. Los pobres concurrían en tropas, abatidos los semblantes, y los ojos cubiertos de lágrimas, manifestando su dolor con gemidos y voces lastimeras. Los clérigos, los religiosos y todas las gentes, tanto nobles como plebeyas, en Sevilla, llenaron la catedral, en donde no se oía otra cosa que los gemidos y sollozos con que manifestaban su pena por la próxima falta de su pastor y de su padre. Los ojos más indiferentes estaban anegados en llanto, y los pechos más duros se deshacían en amargura. Llegado á la iglesia, mandó que le pusiesen junto al cancel del altar, y que ahuyentasen de allí á las mujeres, para recibir la penitencia en presencia solamente de los hombres, conservando de este modo á la honestidad los delicados privilegios que con tanto escrúpulo la había guardado toda su vida. En este estado recibió el cilicio de mano de los dos obispos, y pidió al otro que le cubriese de ceniza; y, levantando las manos al cielo, hizo su confesión de

esta manera: «Vos, Dios mío, que conocéis los secretos de los humanos corazones, y os dignasteis de perdonar los pecados á aquel publicano que, hiriendo su pecho, los confesaba contrito; Vos, Señor, que os dignasteis de resucitar a Lázaro después de cuatro días muerto y corrompido, colocándole en el seno del patriarca Abraham, recibid, Señor, en esta hora mi confesión, y apartad vuestros ojos de los innumerables pecados que contra Vos he cometido; ni os acordéis de los delitos de mi juventud. Vos, Dios mío, no establecisteis la penitencia para los justos que nunca os ofendieron, sino para mí, que soy pecador, y os ofendí más veces que arenas tiene el mar. Vos, Señor, sabéis que desde el punto que subí á la prelacia de esta Santa Iglesia, no por mis méritos, sino por vuestra misericordia, y tuve sobre mis hombros esta dignidad, que es más antes carga que honor, no he dejado de pecar, antes bien conozco que me he afanado en multiplicar mis faltas. Pero Vos, Señor, dijisteis que, en cualquiera tiempo que el pecador se convierta de sus errados caminos, entregaríais al olvido todos sus pecados. Por tanto, teniendo presente vuestro precepto, clamo á Vos, Señor, con toda confianza, sin embargo que no soy digno de levantar los ojos al cielo, por la multitud de mis pecados. Recibid esta humilde oración mía y conceded á un pecador el perdón que os pide; porque, si los cielos no están limpios en vuestra presencia, i cuánto menos lo estaré yo, que he bebido las iniquidades como si fuesen agua!»

Habiendo concluido esta devotísima y tierna oración, que aumentó el dolor y las lágrimas de todos los concurrentes, recibió de mano de los obispos el Cuerpo y Sangre de Jesucristo. Después pidió perdón á todos los circunstantes, diciendo: «Ruégoos, ioh sacerdotes de mi Dios!, y á vosotros, ioh Congregación del clero y pueblo!, que dirijáis al Señor vuestras oraciones por este infeliz pecador que, ya que no es digno por sus méritos de

alcanzar perdón de Dios, logre por vuestra intercesión los efectos de la divina misericordia; perdonadme, aunque no lo merezco, todo aquello en que os haya ofendido, si acaso he despreciado á alguno por odio, si le he apartado de la unión de caridad con corazón impío, si acaso he perjudicado á alguno con algún consejo, ó le he hecho daño llevado de la ira: perdonadme, pues en este instante os pido misericordia, y me arrepiento de mis delitos». A estas voces correspondieron todos los circunstantes pidiendo á Dios con grandes gemidos que le perdonase ; y, habiendo el Santo perdonado también las deudas pecuniarias que algunos le debían, segunda vez habló las últimas palabras con que alimentó espiritualmente sus ovejas, diciendo: «Vosotros, santos obispos de mi Dios, y todos cuantos estáis presentes, os ruego y pido que guardéis mutuamente la más fervorosa caridad, no volviendo mal por mal; no queráis ser chismosos en el pueblo, para que así, ni el enemigo antiguo encuentre en vosotros qué castigar, ni el lobo rapaz en quién ensangrentar sus garras; sino, antes bien, el divino Pastor os ponga alegremente sobre sus hombros, para conducirlos á su rebaño».

Habiendo hecho esta devotísima confesión, mandó distribuir entre los pobres todo el dinero que le había quedado, y solicitó entre tanto que todos los circunstantes le diesen ósculo de paz. Mientras se hacía esta ceremonia, decía á los circunstantes: « Si me perdonáis de todo corazón todo aquello en que hasta ahora os he ofendido, también el Omnipotente Criador os perdonará todos vuestros delitos de tal manera, que el agua sagrada que ha de recibir hoy el pueblo os sirva para remisión de vuestros pecados, y este ósculo de paz sea un testimonio eterno de nuestra reconciliación». Concluidas estas venerables y augustas ceremonias, en que se dispuso con la penitencia y fortificó con la sagrada Eucaristía para salir de este mundo le volvieron

á llevar á su habitación, en donde, á los cuatro días, después de haber recibido la penitencia, murió santamente como había vivido. Sucedió su tránsito el día 4 de Abril del año 336, habiendo gobernado la cátedra de Sevilla por espacio de cerca de cuarenta años con rectitud, integridad, celo y todas las virtudes que hacen grande y recomendable á un obispo. Apenas murió, recibió aun de los hombres el justo premio de los aplausos; porque no solamente San Braulio y San Ildefonso hicieron su elogio aclamándole sabio y santo, sino que el Concilio 8.º nacional, celebrado en Toledo diez y siete años después de su muerte, no dudó proclamarle con los sobrenombres más distinguidos. «Doctor egregio de nuestra siglo; nuevo honor de la Iglesia católica; posterior en edad á los demás doctores, pero nada inferior en la doctrina; el más sabio que produjeron los últimos siglos, y cuyo nombre debe pronunciarse con reverencia».

Entre las varias obras que dejó escritas, merecen especial mención un libro *De las Etimologías*, que escribió á instancias de Braulio, obispo de Zaragoza, muy erudito y copioso de datos interesantes á diversas artes; y otro *De los varones ilustres*, en el que, á ejemplo de San Jerónimo, coleccionó á algunos escritores eclesiásticos, á partir del célebre Osio, obispo de Córdoba.

La Misa es en honor de San Isidoro, y la oración la que sigue:

iOh Dios, que diste á tu pueblo al bienaventurado Isidoro por ministro de la salud eterna! Concédenos que tengamos por intercesor en los Cielos á quien en la Tierra tuvimos por maestro de la vida. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es de la segunda del Apóstol San

Pablo á Timoteo, cap. 4.

Carísimo: Te conjuro delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar á los vivos y á los muertos, por su venida y por su Reino, que prediques la palabra; que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirá la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos, que les halaguen el oído, y no querrán oír la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obra de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera y he guardado la fe. Por lo demás, tengo reservada la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día, el justo Juez; y no sólo á mí, sino también á todos los que aman su venida.

REFLEXIONES

La verdadera doctrina del Evangelio ha padecido en todos tiempos la contradicción de las pasiones humanas; éstas, como producidas de una raíz viciosa y contraria á la ley del espíritu, no pueden sufrir la moderación y freno que les impone la doctrina evangélica. Por tanto, se esfuerzan á sacudir el yugo á manera de bestias feroces que, atadas á la cadena, solicitan su libertad, para hacer víctima suya la sangre más inocente. San Pablo, escribiendo á su discípulo Timoteo, prevé todas estas verdades y le prepara para que, por medio de la corrección y de la enseñanza, disponga los corazones á retener las saludables máximas de la sana doctrina. Toda la vida del glorioso arzobispo de Sevilla San Isidoro fue un continuo tejido del cumplimiento de estas obligaciones, y en toda ella debe hallar el cristiano una copiosa instrucción que le advierta los peligros á que

está expuesto, y los deslices en que en esta materia le precipitan sus pasiones. En ningún tiempo se puede decir con verdad que se ve realizada más lastimosamente aquella profecía de San Pablo, que dice: *Tiempo vendrá en que los hombres no sufrirán la sana doctrina, sino que juntarán maestros que les enseñen según su placer, y que les agraden á los oídos, los cuales apartarán su corazón de la verdad y se convertirán á las fábulas.*

Este mal, tan fecundo en sí, que produce una asombrosa multitud de daños incalculables, nace de la lectura de ciertos libros de doctrina corrompida: la belleza de estilo con que suelen estar escritos; la materia que ofrecen á la vana curiosidad de los hombres, siempre ansiosos de adelantar sus conocimientos más allá de los límites que puso la Divina Providencia á su capacidad; y, últimamente, la belleza capciosa de expresiones con que producen sus envenenadas doctrinas, son otros tantos lazos en que caen fácilmente los incautos, causando en ellos un estrago lamentable. La soberbia del hombre es tal, que no necesita de apoyo muy sólido para pretender constituirse maestro en las materias más ajenas de su profesión; ella le da valor para decidir sobre aquellos puntos cuya oscuridad hizo á los santos mirarlos con respeto, y consumir muchas horas de estudio y oración para que Dios les declarase su inteligencia; y como les falta el santo temor de Dios, que es la luz del entendimiento humano, truecan fácilmente, no solamente los nombres de las cosas, sino también la verdadera sustancia, teniendo la mentira por verdad, y canonizando por bueno lo que es perjudicial y dañoso.

El Evangelio es del cap. 5 de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la Tierra; y si la sal se deshace, ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud, sino para ser arrojada

fuera y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debajo del candelero, sino sobre el candelero, para que alumbre á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en los Cielos. No juzguéis que he venido á destruir la ley ó los profetas; no vine á destruirla, sino á cumplirla. Porque os digo, en verdad, que antes faltarán el Cielo y la Tierra, que deje de cumplirse perfectamente cuanto contiene la ley, hasta una sola iota ó ápice de ella. Cualquiera, pues, que quebrante alguno de estos pequeños Mandamientos, y enseñare así á los hombres, será reputado el menor en el Reino de los Cielos; mas el que los cumpliere y enseñare, será llamado grande en el Reino de los Cielos.

MEDITACIÓN

Sobre la educación de los niños.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la buena educación de los niños es á un mismo tiempo una de las más estrechas obligaciones que tienen todos aquellos á quienes Dios ha constituido en el cargo de superiores, y uno de los manantiales más copiosos de la felicidad de la Religión y del Estado.

San Pablo, escribiendo á los de Corinto (*Epist. 1, cap. 3*), les dice que había procurado su instrucción dándoles la leche de la doctrina evangélica, y considerándolos como á niños en la religión del Crucificado. Estaban los corintios recientemente engendrados en Jesucristo por medio de la gracia del bautismo. Consideraba el santo Apóstol que de las primeras instituciones que en aquel tierno estado les

diese, pendía la buena ó mala conducta de todo el resto de su vida; y así procuraba instruirlos llenando sus corazones de máximas saludables, para que creciesen con ellos y se fuesen robusteciendo á proporción que su edad se fuese haciendo mayor y más madura. El mismo Jesucristo manifestó á sus apóstoles el cuidado y esmero que se debía poner en la crianza de los niños, cuando, juzgando ellos que no convenía á la dignidad y autoridad del Salvador ocuparse en cosas tan mínimas, el divino Maestro los reprendió blandamente, é hizo que los niños se llegasen á El, los tomó en sus brazos, los acarició y enseñó, diciendo que *de ellos era el Reino de los Cielos*. Siguiendo esta doctrina el Padre San Jerónimo, ocupaba toda la ciencia y experiencia de su venerable ancianidad en criar y educar á la niña Paula; y escribiendo á Leta, dice estas nobles palabras: «Si me enviares á Paula, prometo ser su ayo y su maestro. La llevaré en mis brazos; la enseñaré á formar con los tiernos labios las balbucientes palabras; y en esto mismo me tendré por más glorioso que el filósofo Aristóteles en ser preceptor del rey de Macedonia. El enseñaba á un hombre soberbio, á un rey cruel, que había de perecer con el veneno de Babilonia; pero yo enseñaré y criaré á una sierva y esposa de Jesucristo, que ha de ser ofrecida al Reino de los Cielos por eterna compañera de los ángeles ».

Si los santos Padres, los apóstoles y el mismo Jesucristo miran con tanto esmero la educación de los niños, ¿con qué ojos deberán mirarla aquellos á quienes la Divina Providencia ha puesto en este mundo en el puesto de superiores? ¿Qué cuidado, qué delicadeza no debe ser la suya en advertir las palabras que les dicen y las acciones que les presentan? Los corazones de los niños son como de una blanda cera, y la materia más proporcionada para recibir todo género de impresiones. Cuanto oyen y cuanto ven, otro tanto se queda grabado

en sus tiernas almas, con tanta profundidad, que en vano se emplean las reflexiones é instrucción de la edad madura para borrar las preocupaciones ó máximas erradas que recibieron en la infancia. Por otra parte, los niños tienen un derecho de justicia á que los mayores en edad no perdonen trabajo, cuidado ni cautela que pueda ceder en su beneficio. Ellos se encuentran destituidos de todos los medios con que pudieran precaverse del mal. Luego todo hombre que ha llegado á usar de su razón debe considerarse, cuando trata con los niños, como maestro que les ha destinado la misma naturaleza.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que el descuido de la educación y enseñanza de los niños es frecuentemente origen de la mayor parte de los daños que se ven en la sociedad humana, y que muchos de ellos son transcendentales á la religión.

El profeta Isaías, tratando de la destrucción de Jerusalén, y señalando las causas que habían de ocasionarla, exclamaba diciendo: *¿En dónde está el maestro de los niños?* Sin embargo de que los hebreos eran tan escrupulosos en la conservación de su ley, que para que se fijasen en los corazones procuraban imprimirla en los niños desde la infancia, presentándoles á los ojos imágenes de su religión; en tiempo de Isaías había llegado á ser tal el descuido en esta materia, que se queja el Profeta de él, y vaticina que de allí nacerían todos los males y calamidades que habían de oprimir á Jerusalén. Esta doctrina y esta persuasión, que eran verdaderas en el tiempo de Isaías, no lo son menos en nuestros tiempos. *El corazón de los niños*, dice Quintiliano (lib. I, *Inst.*, cap. 1.º), *no solamente es blando para recibir las impresiones, y se presta como la cera al sello, sino que además es tenacísimo de lo que recibe; y así como la vasija conserva siempre el olor del licor primero que tuvo, y la lana blanca el primer color de que fue teñida, de la*

misma manera el corazón del hombre que conserva por toda la vida los resabios de las instituciones primeras, que en él se depositaron. Con él crecen, y con el tiempo mayores fuerzas van adquiriendo para explicarse en aquellas acciones que son propias de sus principios.

Un niño que oye continuamente á sus padres la palabra obscena, el juramento, la maldición, la mentira, ¿cómo es posible que en llegando á una edad adulta no sea un deshonesto, un maldiciente, un falsario y un perjuro? Un niño que ve en sus padres falta de respeto á las cosas sagradas, que no los ve empleados en ejercicios de piedad, sino que, antes por el contrario, les oye muchas veces sacrílegas murmuraciones contra los puntos más sagrados de la religión, ¿cómo es posible que con el tiempo no sea un mal cristiano, un hombre indevoto y un impío?

JACULATORIAS

Señor, todas nuestras inclinaciones, todo el peso de nuestro corazón, nos llevan al mal desde los años más tiernos.—*Genes.*, cap. 8.

Los que guíen santamente á sus hermanos dirigiéndolos á la justicia, resplandecerán eternamente como las brillantes estrellas del cielo.—*Daniel*, c. 12.

PROPÓSITOS

1. La caridad y la justicia nos obligan de común acuerdo á evitar los daños á nuestro prójimo y á suministrarle todos los medios de su mayor aprovechamiento. Esto mismo debe hacer que los padres de familias pongan el mayor esmero en dar á sus hijos, especialmente cuando son niños, instrucciones y consejos saludables. No basta enseñarles los primeros rudimentos

de la doctrina cristiana y aquellas oraciones comunes con que se ejercita la religión. Las máximas morales, que son las que forman el hombre virtuoso, deben ir embebidas en las obras.

2. Los niños no tienen capacidad para recibir instrucciones especulativas sobre la religión y las costumbres. Se llevan más bien de lo que ven sus ojos que de lo que oyen sus oídos, y así, logra mayor efecto en ellos un buen ejemplo que muchos buenos discursos. Por tanto, en su educación se debe atender á la probidad de sus maestros y de todos aquellos con quienes tratan. Un criado vicioso, un ama poco virtuosa, unos concurrentes chocarreros, deshonestos ó disipados son causa suficiente para hacer la perdición de tu hijo. Entre las mismas diversiones de la niñez suelen ocultarse los fomentos de la corrupción. Tal vez se celebran por gracias los que son verdaderamente delitos y semillas de grandes males para la edad futura. Sobre todo, no olvides jamás que para los niños es irresistible la fuerza del buen ejemplo.